
CAPITULO XV.

Espedicion de Pánflo de Narvaez.

Unos nueve meses habian transcurrido desde que Portocarrero y Montejo se habian hecho á la vela para España. Esperaba Cortés con impaciencia su vuelta, confiando recibir de manos delrey la confirmacion de su autoridad, la cual sin este requisito era incierta y precaria. Por gigantescos y rápidos que hubiesen sido sus progresos, no podía contar en llevar á cabo la conquista de un gran imperio con las pocas tropas que le quedaban, ni recibir tampoco ningun auxilio de los establecimientos de las islas sin haber obtenido del rey la aprobacion de su pasada conducta.

Mientras que permanecía en esta cruel y angustiosa situación, inquieto sobre lo pasado, incierto sobre el porvenir, mientras que iban aumentando sus temores por las declaraciones hechas por Motezuma, la presencia en la costa de navios europeos le infundió esperanzas que debían ser pronto destruidas. Vino á notificarle un correo de Sandoval que habia sucedido á Escalante en el mando de la Vera-Cruz, que aquella armada habia sido organizada por el gobernador de Cuba y que léjos de traerle socorros, venia para declararle la guerra. No habia podido equivocarse Velazquez por largo tiempo sobre las verdaderas intenciones del hombre que habia puesto al frente de la espedicion, corroborárouse sus sospechas, cuando vió que no se le daba cuenta alguna de las operaciones, llegando por último á quedar profundamente convencido por la imprudencia de Portocarrero y de Montejo, quienes, por motivos desconocidos, habian tocado en la isla de Cuba á pesar de las órdenes positivas y terminantes del general. Conmovido estaba Velazquez por las dos pasiones que mas agitan el corazon humano: la venganza de haber quedado engañado y la rabia de ver inutilizada su ambicion; queria castigar á Cortés por su conducta que graduaba de traidora y satisfacer al propio tiempo su venganza despojándole de toda su autoridad. Los medios para conseguirlo, se los proporcionaba el nuevo poder del que acababa de estar revestido. Habia sido nombrado presi-

dente del consejo de las Indias el obispo de Burgos, hombre eminente é íntimo amigo suyo, en el momento en que se habia recibido en España la relacion del descubrimiento de Grijalva junto con algunos tesoros del pais. Velazquez habia adquirido por la influencia de este prelado poderes y privilegios muy ámplios. Altivo con esas muestras de alto favor y mirando á Cortés no solamente como un usurpador de su gobierno sino tambien como un rebelde, se determinó á vengar por medio de las armas los derechos y la autoridad del soberano, satisfaciendo principalmente su resentimiento personal; en poco tiempo organizó un ejército que constaba de ochenta caballos, 800 infantes y doce piezas de artilleria con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Puso al frente de ese cuerpo formidable en aquellas circunstancias, á Pánfilo de Narvaez con órden de apoderarse de Cortés junto con sus principales oficiales y enviarlos prisioneros, y con el permiso de que llevase á cabo el descubrimiento y la conquista del pais.

Despues de un viage dichoso, desembarcó Narvaez sus tropas cerca de San Juan de Ulúa, encontraron estas á tres soldados que estaban empleados en el descubrimiento de las minas, quienes se unieron á su partido; informaron al capitan de la situacion de Cortés, la cual pintaron como desesperada y hecha mas critica aun por el descontento de las tropas. Aumentaron esas relaciones las esperanzas de Narvaez, resolvió

desde luego tratar con Sandoval á fin de que le rindiese la fortaleza de la Vera-Cruz y encargó esta mision á un clérigo llamado Juan Ruiz de Guevara , hombre activo , resuelto , pero brusco , de un carácter furioso , colérico , muy impropio por cierto para un sacerdote. Comunicó Guevara á Sandoval las órdenes que acababa de recibir ; ese permaneció constante en su fidelidad á Cortés , lo cual excitó la cólera del enviado hasta el punto de tratar al general y á todos sus amigos de traidores , dignos del último suplicio , manifestando que no se tardaria en imponérseles; al ver esto Sandoval y perdiendo toda esperanza de hacerle entrar en razon , se apoderó de él y de todos los que le acompañaban enviándolos inmediatamente á Méjico.

Cortés que no ignoraba que se gana mas bien la confianza de los hombres tratándolos afectuosamente que no como enemigos , recibió á Guevara como un compatriota , como un amigo , mandó que le quitaran los grillos , censuró la severidad de Sandoval , prometiendo castigarle por haber despreciado la dignidad de un hombre tan respetable. Con este acto de cortesia , acompañado de agasajos y presentes , logró captarse la confianza de Guevara , consiguió informarse facilmente de todo lo relativo á las fuerzas y proyectos de Narvaez ; supo que ese gefe habia representado á él y á sus compañeros como proscritos , culpables de rebeldia hácia su soberano y de justicia hácia los mejicanos , invadiendo su

pais y teniendo prisionero al emperador ; supo igualmente que habia venido Narvaez con el objeto de manifestar á Motezuma , que el rey de España censuraba en gran manera la conducta que en su nombre se observaba y que su mision era restituirle la libertad y la autoridad , prerogativas de las que tan injustamente habia sido despojado. Habiéndose estendido por medio de los agentes del monarca mejicano estos siniestros rumores , operaron en las provincias un gran cambio , disponiéndose á sublevarse abiertamente y á proteger á Narvaez , considerándolo como un hombre de espíritu que tenia fuerza y voluntad al propio tiempo para librarles de la opresion y envilecimiento en que estaban sumergidos.

Jamás habian estado sometidos á una prueba mas critica el valor , la firmeza y la habilidad de Cortés ; eran necesarios todos los recursos del ingenio humano para sacarlo de la cruel y triste posicion en que se hallaba (21). Si aguardaba en Méjico la llegada de Narvaez , su pérdida parecia inevitable , porque mientras estaria combatiendo las fuerzas superiores de su adversario , no dejarian los mejicanos de aprovecharse de esta favorable ocasion para derrotar á los extranjeros. Si abandonaba la capital restituyendo al monarca la libertad , perdia del todo á la vez el fruto de sus trabajos y victorias , renunciando en caso de triunfo , á ventajas que no podia volver á recobrar sin extraordinarios esfuerzos é infinitos peligros. Quedábale por último un tercer partido,

era este el mas arriesgado , pero le ofrecia mas esperanzas para el porvenir ; consistia en dejar en Méjico una parte de sus soldados para asegurarse de Motezuma y manifestarle que no se tenia temor alguno , en seguida con otro puñado de hombres marchar contra Narvaez y atacarlo con decision y valor. Prefiriendo Cortés este último partido , confiaba en su fortuna , quizá su profundo conocimiento del corazon humano le permitia concebir ocultas esperanzas , en las cuales tal vez estaria léjos de contar.

Pero antes de decidir la cuestion por las armas , pensó que seria obrar criminalmente si atacaba á sus compatriotas sin haber probado antes la via de las negociaciones , con las cuales podria enterarse del estado de las tropas de Narvaez , establecer relaciones con ellas y encontrar algunos amigos. Para desempeñar esta importante mision , érale indispensable elegir un hombre de entera probidad y profundas disposiciones , érale indispensable echar mano de un hombre en cuyas brillantes dotes pudiese contar, porque el destino que iba á encargarle era de la alta importancia , como que iba á ensayar los medios para lograr una reconciliacion , y si el éxito no era favorable , ó si alguna perfidia cometia , echaba á perder todo el ejército. Mostró Cortés en esta eleccion su tacto habitual, no designó á ninguno de sus mas valientes oficiales, sino al venerable Olmedo. El carácter de eclesiástico del cual estaba revestido, respetado siem-

pre en aquella época , era en las circunstancias presentes realizado por su cualidad de embajador , lo cual debia contribuir á que Narvaez mirase su persona como doblemente sagrada. Ademas de las instrucciones verbales del general , era portador Olmedo de cartas secretas para antiguos amigos de Cortés , tales como Lucas Velazquez y Andrés de Duero. Contenian esas cartas magníficas promesas y el padre Olmedo iba cargado de ricos presentes , destinados á probar que aquellas promesas eran reales y efectivas.

Recibió Narvaez á Olmedo con orgullo y altanería , desechando con menosprecio sus proposiciones ; confiado en sus numerosas fuerzas y no dudando del buen éxito , poco se curó en disimular su insolencia , desatóse en amenazas contra Cortés , afirmando que dentro pocos dias tendria en su poder su cabeza y la de todos sus partidarios. Inútiles fueron los esfuerzos del padre Olmedo para manifestarle con dulzura y elocuencia lo impolítico y criminal que era encender una guerra civil , para persuadirle de que una reconciliacion entre ambas partes seria mucho mas ventajosa para la madre patria y para sus hijos, puesto que en lugar de emplear las armas los partidos contendientes para su recíproco daño , podrian reuniéndose conquistar todo el pais con facilidad. Ninguna de esas razones quiso escuchar Narvaez , opinaba sin duda que haria mal en repartir con un odioso rival ventajas

y riquezas que podia reservar para él solo.

No habiéndole salido bien al padre Olmedo este medio, ensayó otro para atraerse á los soldados; acompañada su habilidad de las generosidades de Cortés logró los mas felices resultados. Habiéndose ya pronunciado Andrés de Duero decididamente á favor de Cortés, acabó de dejarse seducir con facilidad por un magnífico presente, imitaron su ejemplo muchos otros oficiales y mientras que Narvaez perdía en vano el tiempo en brillantes discursos y arrogantes demostraciones, empleaba el hábil religioso sus momentos en hacerle perder el afecto y la confianza de sus soldados.

Llegaron el licenciado Guevara y sus compañeros, cuyo viage habia sido muy favorable á la causa de Cortés, alabaron la afabilidad y generosidad del general, manifestaron que estaba dispuesto á todo ajustamiento, á toda reconciliacion y que estaba únicamente celoso de acrecer la gloria y la fortuna de los españoles. Ganaron estos sentimientos una gran parte de los soldados, declararon que una guerra civil era desastrosa y sobre todo injusta, como que se dirigia contra un hombre que habia hecho tantos y tan señalados servicios. Malcontento Narvaez de esas demostraciones, prohibió á Guevara hablar de los pormenores de su mision; pero el golpe estaba ya dado; lo que se sabia de Cortés iba circulando de boca en boca, y en términos pareció tan grande el mal, que creyóse

obligado Narvaez á manifestar en público que Cortés y los suyos eran declarados rebeldes á su rey y traidores á su pais. Intentó tambien prender al padre Olmedo, pero habiendo desistido de esta violenta medida á instancias de Duero, contentóse en hacerle salir inmediatamente de su cuartel general.

Instruido Cortés de la inutilidad de los esfuerzos del padre Olmedo para obtener un ajustamiento, determinóse marchar contra Narvaez, dejó en la capital 150 hombres bajo las órdenes de Alvarado, confiando á esta pequeña guarnicion la custodia de una gran ciudad, de todos los tesoros y del monarca prisionero. Empleó toda su política en ocultar á Motezuma la verdadera causa de su partida, esforzóse en persuadirle que los extranjeros que acababan de llegar eran amigos suyos, y que despues de una corta entrevista regresarian todos juntos á su patria.

No pudiendo Motezuma penetrar las intenciones de los españoles, ni conciliar lo que se decia con las declaraciones de Narvaez, juzgando que seria peligroso dejar ver respecto de Cortés alguna muestra de sospecha ó de desconfianza, prometióle permanecer tranquilo y profesar á Alvarado la misma amistad que habia tenido con él. Afectó el general dar crédito y fiarse de esta promesa, pero contaba mucho mas con la diligencia de Alvarado para velar á su prisionero; seguro de esto determinó partir en los primeros dias del mes de mayo del año 1520, seis meses

después de su entrada en Méjico.

Como ponía Cortés su principal confianza en la celeridad de sus movimientos, marchó muy poco provisto de bagajes y de artillería, pero temía mucho la caballería de Narvaez, cuyo ataque apenas podían sostener sus soldados; para olvidar ese inconveniente, les hizo dar unas lanzas muy largas y muy fuertes de las que se servían los indios de la provincia de Chinantla, las cuales bien manejadas podían impedir á los caballos el que se aproximasen. Adelantóse entonces rápidamente hácia Zempoala, en donde había establecido Narvaez su cuartel general; á 30 millas de esta ciudad unióse con Sandoval y con la guarnición de la Vera-Cruz. Esas tropas formaban juntas unos 250 combatientes, siendo de particular que ningun peligro, ningun fracaso temían á causa de su escaso número, ¡tan grandes eran su resolución y valor! Despachó Cortés de nuevo al padre Olmedo para hacer á Narvaez proposiciones de paz, dijo este que en nada quería consentir hasta que Cortés le hubiese reconocido como gobernador y se hubiese sometido enteramente á sus órdenes. La comunicacion que entre los dos ejércitos se estableció fué de grande utilidad á Cortés, permitiéndole aumentar el número de sus partidarios. Secundóle poderosamente Narvaez mismo; como tenía noticia de las instrucciones que había dado el gobernador de Cuba á su jóven pariente Velazquez de Leon y como creía encontrarlo aun en los mismos senti-

mientos, escribióle una carta á fin de persuadirle que abandonara una causa totalmente perdida; pero Velazquez de Leon, valiente y generoso soldado, quien á causa de sus méritos y servicios era considerado como el primer ayudante de Cortés, cuyos intereses había noblemente defendido, se condujo con mucha franqueza y dignidad; así que recibió la carta, fué á presentarla á su general. Conmovidó quedó este al ver tanta prueba de leal fidelidad, pero no se admiró por ello; como hacia ya largo tiempo que tenía puesta toda su confianza en Velazquez de Leon y en Sandoval, así es que no temía verles ceder á las instigaciones de Narvaez. Dió permiso al primero para ir á Zempoala, el cual lo concedió con tanto mas gusto, en cuanto juzgaba que tal vez durante su permanencia en esta poblacion, podría ganarse el afecto de algunos oficiales, antiguos amigos suyos.

Fué recibido Velazquez con la mas viva alegría y tratado con el mas grande respeto; hizo Narvaez brillantes ofertas, si consentia en abandonar á Cortés, las cuales rechazó con dignidad y energia. «El temor de perder la vida, dijo, no me haria abandonar á un general, á quien miro como el único capaz de llevar á cabo una empresa tan gloriosamente empezada.» Tomó luego la palabra un jóven oficial, pariente del gobernador de Cuba y exclamó que el que sostenía con tanto entusiasmo la causa de un traidor, no tenía sangre de Velazquez y que por consi-

guiente era digno de cualquier castigo. Sacó al instante la espada Velazquez de Leon, preparándose á dar un sangriento mentis al imprudente jóven, pero impidiéronselo los concurrentes y obligaron á Velazquez y al padre Olmedo á que se volviesen á los reales de Cortés á fin de evitar los accidentes que podia hacer nacer su presencia. Pero la visita de estos habia reportado ya sus frutos; deslumbradas las tropas por las riquezas que antesu vista habian desplegado los soldados de Velazquez, censuraban á Narvaez por su obstinacion en querer encender una guerra civil, cuando tan fácil seria un ajustamiento, un convenio. Esas observaciones no pudieren menos de irritar su carácter violento y exacerbar mas sus odios personales y determinó acabar con Cortés, pues habiendo sabido que estaba á una legua de Zempoala, miró este arrojó como un insulto que merecia un ejemplar castigo y marchó precipitadamente para trabar la batalla.

Luego que supo Cortés que estaban acampados los enemigos en un gran llano fuera de la ciudad, creyó oportuno y conveniente no combatir hasta haber tomado una posicion favorable y ventajosa, á fin de compensar en cierto modo la inferioridad numérica de su ejército. Dejó el rio de Canoas entre él y Narvaez, aguardando el momento propicio para ejecutar el plan de ataque que habia concebido. Habia empezado entonces la estacion de las lluvias que caian ya abundantemente; poco acostumbrados los sol-

dados de Narvaez á las fatigas y trabajos del servicio militar y despreciando el corto número de sus adversarios, se quejaban porque se les esponia sin necesidad al rigor de los elementos, manifestaron muchos oficiales al general que no era probable empezase Cortés el ataque y que seria por tanto prudente hacer descansar á los soldados, retirándose á sus respectivos cuarteles. En consecuencia ordenó Narvaez á las tropas que entraran en Zempoala, dejando tan solo en las márgenes del rio dos centinelas para vigilar al enemigo. Entretanto pasaba la noche el ejército de Cortés á cielo descubierto y en medio de la lluvia que caia á torrentes sin dar la menor señal de impaciencia. Vió el magnánimo general con gran satisfaccion esta prueba de la disciplina de sus veteranos, convenciónse de que con tales hombres nada habia imposible y determinóse por tanto á aprovecharse de la obscuridad de la noche para atacar á Narvaez, previendo que los soldados de este se abandonarían naturalmente al descanso despues de las fatigas del dia y se creerian estar al abrigo de una sorpresa á causa de un tiempo tan impropio para el combate.

Antes de ponerse en marcha, hizo Cortés un discurso que copiamos testualmente á fin de dar una idea de la elocuencia y de las brillantes dotes de ese gran hombre; lo tomaremos del exacto y verídico Diaz. «Esa noche, amigos míos, dijo el general, ha puesto el cielo en nuestras manos la ocasion mas favorable que

puvieran figurarse nuestros mismos deseos. Vais á tener al instante pruebas irrefragables de la confianza que tengo en vuestro valor y voy á declararos hasta qué punto eleva mis pensamientos y designios. Un solo momento hace que aguardábamos á nuestros enemigos y juzgábamos vencerlos á favor de ese arroyo que nos defiende, y ahora los tenemos dormidos, fiados en el menosprecio que hacen de nosotros y que nos proporciona estas ventajas. Esa vergonzosa impaciencia que les ha hecho abandonar el campo para evitar el rigor de la tempestad que es un mal necesario y poco considerable, debe enseñarnos cuáles son los frutos que del descanso reportan aquellos que con tanta molición lo buscan y que lo toman sin sospecha alguna. Ignora Narvaez la diligencia que exige la guerra; sus soldados poco acostumbrados á los azares de la milicia y sorprendidos con este choque y con la obscuridad de la noche, no podrán reunirse sin grave desorden siendo inevitable su derrota. A mas de esto, muchos están malcontentos de su comandante, algunos están inclinados á nuestro partido y los mas consideran funesta esta guerra y la tienen horror por ser dirigida contra nosotros sin razon ni motivo alguno, y sabeis vosotros muy bien que los brazos, cuando obran contra el movimiento de la voluntad, se vuelven pesados é inactivos. Debemos tratar á los unos y á los otros como enemigos, hasta que se declaren, puesto que es la victoria la que debe decidir

quienes son traidores, si ellos ó nosotros. Es verdad que está á favor nuestro la razon, pero en la guerra es siempre la razon enemiga de los negligentes y se pone ordinariamente de parte del vencedor. Vienen nuestros adversarios á usurparnos todo cuanto con harto trabajo hemos adquirido, no aspiran á otra cosa sino á hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras riquezas y de vuestras esperanzas. Suyas llamarán vuestras victorias, suyo el pais que habeis conquistado á espensas de vuestra sangre y suya toda la gloria de vuestras hazañas. Pero lo que hay aun de mas cruel y mas digno de reprobacion es, que esforzándose en imponer el yugo á vuestras cervices, intentan pasar mas allá, intentan perjudicar el servicio del rey y atajar los progresos de nuestra sublime religion que se perderán junto con nosotros, y si bien serán ellos responsables y autores de ese crimen, se dudará sin embargo quienes han sido los culpables. El solo, el único medio que tenemos para prevenir esos males, es combatir en este momento con todo el valor y denuedo que en otras ocasiones hemos mostrado; sabreis, creo, ejecutarlo mejor de lo que lo digo. ¡ A las armas, compañeros, á las armas !.... La victoria se ha declarado siempre á favor nuestro, animaos á vista del servicio que debeis á Dios y al rey. No deiseis mancillar vuestro honor y tenedlo siempre por divisa, pensad en que vais á combatir por una causa justa y sacrosanta. Yo os acompañaré en todos los mas grandes pe-

ligros, y tened bien entendido que mas intento persuadiros con mi ejemplo, que animaros con esas palabras.»

Cuando estuvo concluida esa arenga, estallaron con vivo entusiasmo las aclamaciones que en su decurso muchas veces la habian interrumpido. Altamente electrizados los soldados, no pudieron menos de esclamar: ¡vencer ó morir! Y aun algunos dijeron que si se pensaba en transigir con Narvaez, por ningun estilo querrian obedecerle. Ningun desagrado causaron al general estas palabras de determinadas personas, porque eran hijas del corazon y nó de un espíritu de discordia y desacato.

Formó Cortés tres pequeños escuadrones; confió el mando del primero á Sandoval, quien se puso al frente de la artilleria. Era compuesto de soldados de valor y de muchos oficiales, entre los cuales se encontraba el insigne Pizarro, quien fué mas tarde conquistador del Perú. Encargó á Cristobal de Olid quien mandaba la segunda division, que atacase la torre en la cual habia establecido Narvaez su cuartel; capitaneaba Cortés la tercera, la cual por ser la menos numerosa, formaba una especie de reten, destinada á acudir á aquellos puntos que demandasen socorro. Fué necesario desde luego pasar el rio, lo cual practicaron los soldados con mucha dificultad, puesto que estaba engrosado por las lluvias y llegaba el agua hasta la cintura. Habiendo alcanzado la orilla opuesta, se adelantaron

guardando el mas profundo silencio; iba armado cada individuo de una espada, un puñal y una lanza de Chinantlá; apoderóse la vanguardia de una de las centinelas colocadas por Narvaez, pero la otra logró escaparse y corrió á dar el grito de alarma. Informado Cortés de esta circunstancia, precipitó la marcha observando el mas grande orden y la mas escrupulosa vigilancia. Despertado Narvaez por la centinela, la trató de cobarde, considerando como una quimera la advertencia que le daba, no pudiendo imaginarse que se atreviese Cortés á atacarlo con tan desiguales fuerzas.

Llegó el ilustre general á Zempoala cerca media noche sin haber encontrado el mas mínimo obstáculo y dirigióse inmediatamente hácia el templo en donde se hallaba Narvaez. Estaba defendido este lugar por una bateria, pero fué tal la prontitud del ataque, que se apoderó de ella Sandoval despues de haber sufrido dos ó tres disparos de cañon. Convencido Narvaez cuyo valor rayaba á imprudencia, de la realidad del ataque, se arma á toda prisa y se dispone á una tenaz resistencia; reunidos los soldados en las gradas del templo se oponen vivamente á los progresos de Sandoval, quien combate con una intrepidez admirable; va ya á ceder al mayor número, va á quedar vencido, pero vuelan felizmente á su socorro Olid y sus compañeros; Cortés mismo se lanza en medio de la refriega y unidos sus esfuerzos con los de aquellos, logran

desalojar al enemigo, retirándose al interior, entonces redoblan los españoles su ardor para echar abajo las puertas del edificio. Pone un soldado fuego al lugar donde está escondido Narvaez, se ve este obligado á salir, huye, es perseguido, recibe un picazo en el rostro, esclama *Me han muerto!* y cae sin movimiento. Echanse luego encima de él los enemigos y lo cargan de hierros y cadenas. Habiéndose difundido al instante la noticia de su muerte, contribuyó á paralizar la defensa de sus compañeros, enérgicamente atacados por sus adversarios que habian tomado mayores brios y aliento con los gritos de victoria. En medio del terror y de la confusion lograron los españoles apoderarse de los que estaban encerrados en pequeñas fortificaciones; la obscuridad que reinaba era tan grande, que no se podian distinguir amigos, ni enemigos. Las armas de estos servian contra ellos mismos; á cualquier parte que dirijiesen su vista, los insectos luminosos que abundan en este hemisferio, parecian á su imaginacion exaltada otros tantos enemigos que se adelantaban llevando encendidas las mechas de sus arcabuces. Empleó Diego Velazquez toda su energia, todos sus esfuerzos para reanimar el valor de esos hombres, pero todo fué en vano, obligáronle á capitular.

Estaban confiados Narvaez y los demas oficiales prisioneros al cuidado de Sandoval. Fué Cortés á visitar á su antagonista, no queria darse á

conocer para no aumentar su afliccion, pero descubriéronle los soldados. Dirijiéndose hácia él Narvaez, dijo con un tono bastante grave: «Debereis estimar en mucho sin duda, señor capitan, la aventura por la cual he quedado prisionero vuestro.» A esto contestó Cortés: «Amigo mio, es menester dar á Dios gracias de todo; pero puedo juraros sin vanidad, que cuento esta victoria y vuestra prision entre los menores acontecimientos que se han operado en este pais.»

Al apuntar el alba, habiendo cesado toda señal de hostilidad, rodeado Cortés de sus oficiales, pasó revista de los vencidos; pidieron estos permiso para besarle la mano, pero tendió sus brazos á los principales, abrazándolos con la mas franca cordialidad. Dió orden de que los pusieran á todos en libertad, esceptuando á Narvaez. A fin de impedir el que tuviese noticia el gobernador de Cuba de este suceso, pasó un oficial á la flota para asegurarse de los que habian quedado en los bajeles. Perdió Cortés en esta memorable victoria dos hombres, mientras que de la parte contraria perecieron quince soldados y dos oficiales.

Despues de algunas horas de descanso, mandó Cortés reunir todos los vencidos y les dejó la libre eleccion de, ó volverse á Cuba, ó alistarse bajo su bandera, á fin de participar de los peligros y de la gloria lo mismo que sus antiguos amigos. Todos los oficiales y soldados, escepto

empero algunos celosos partidarios de Narvaez, aceptaron esta proposicion, la cual abria un vasto campo á sus esperanzas. Excitaban su codicia los ricos adornos de oro que lucian los compañeros de Cortés, mientras que la generosidad, la afabilidad, el valor que acababa de mostrar su nuevo general, todo contribuia á que pensaran no podrían encontrar un gefe mas digno de mandarlos.

Data la victoria de Cortés del 27 de mayo de 1520; ella le acarreó inmensos resultados; con la union de las tropas de Narvaez pudo ponerse al frente de un ejército que pasaba de 1000 soldados y logró proveerse de municiones las que empezaban ya á faltar. «Asi es, dice Robertson, que á consecuencia de una série de circunstancias tan extraordinarias como dichas, librose Cortés de su destruccion que casi parecia inevitable, viéndose en el momento en que menos podia esperarlo, á la cabeza de mil españoles dispuestos á seguirle á cualquier parte que quisiese. Consideraudo la facilidad con que obtuvo esta insigne victoria y la prontitud y unanimidad con que los soldados de Narvaez pasaron á las filas de su rival, no se puede menos de atribuir estos felices acontecimientos al talento de Cortés, lo mismo que á sus armas y á la traicion de los compañeros de Narvaez.»

Sean cuales fueren las causas de ese imprevisto resultado, no pueden menos de hacer honor á Cortés y á sus valientes partidarios. La simple

narracion de los hechos prueba al lector imparcial cuán poderoso era el génio de Cortés. En medio de un pais enemigo, con un puñado de hombres, ataca un ejército numeroso; en pocas horas se cobijan bajo sus banderas los mismos soldados destinados á desbaratarlas. Lo árduo de esta empresa y el feliz éxito que la coronó, merecerán siempre un puesto importante y distinguido en la historia de ese hombre grande y eminente y causarán la admiracion y el asombro de los que la estudiarán.

